

# Adolescencias: psicoanálisis y épocas

*Inés Seoane Toimil*

## Introducción

Este trabajo propone una aproximación al estudio de la adolescencia desde la perspectiva del psicoanálisis, advirtiendo en primer lugar que aquello que corrientemente llamamos adolescencia es una categoría social, definida por un discurso relativamente nuevo instalado en la modernidad para describir e interpretar el pasaje de la infancia al mundo adulto.

Freud sólo ocasionalmente hizo mención al término e incluso algunos autores sostienen que *adoleszenz* era una palabra casi inexistente en el idioma alemán en tiempos freudianos y que el término de época utilizado era *pubertad*, haciendo referencia tanto a la etapa de maduración física como a los procesos psicológicos concomitantes.

A pesar de la advertencia, para el desarrollo de esta propuesta de trabajo, se tomó la decisión de adoptar el significante *adolescencia* sabiendo que, como dijimos, es un término que excede el campo del psicoanálisis, pero su uso nos facilita ingresar a un diálogo con otras disciplinas, delimitar sus márgenes y en algún sentido, contribuir a una lectura interdisciplinar del tema.<sup>4</sup>

Por otra parte, si bien Freud no hizo uso del término, en 1905 dedicó una obra fundamental a la *metamorfosis de la pubertad* reconociendo que uno de los resultados más sorprendentes de la investigación psicoanalítica es que el curso de la vida sexual humana, tiene, por así decirlo, dos momentos: un *primer florecimiento* entre los dos y los cinco años, que marcará una elección de objeto que, aunque provisoria, puede estimarse como antecedente muy importante de la posterior organización sexual definitiva. Momento que será interrumpido por un tiempo de latencia para abrirse en la pubertad a un *segundo florecimiento* marcado por dos transformaciones: la subordinación de las pulsiones sexuales bajo la primacía de la genitalidad y el proceso definitivo de hallazgo de objeto. Quedan delimitadas así, una serie de transformaciones cruciales que: “*han de llevar la vida sexual infantil hacia su definitiva constitución*” (Freud, 1905).

¿En qué edad ocurre esto? Los estudios evolutivos más clásicos, en ocasiones establecen comienzos y finales de ese proceso, en el intento de describir las particularidades de cada

---

<sup>4</sup> En este sentido, Juan Mitre justifica el uso en psicoanálisis del significante *adolescencia*, aduciendo, en primer lugar, que para el clínico, el término tiene un cierto valor de uso, incluso un valor social: sirve para hablar “la lengua del Otro”. En segundo término, la reconoce como una palabra precisa para pensar el momento de la vida pospuberal, separando así la adolescencia de la pubertad. Cfr. Mitre, Juan (2014) *La adolescencia, esa edad decisiva*. Una perspectiva clínica desde el psicoanálisis lacaniano. Buenos Aires. Grama ediciones.

momento. Por su parte, la sociología requiere a veces fijar edades cronológicas para distintos fines: construir rangos estadísticos o implementar políticas, por ejemplo. El psicoanálisis no puso el acento en la vertiente del desarrollo. Tampoco le niega su pertinencia. Pero se trata de un desarrollo que, al decir de Miller (1992), en el campo del lenguaje, cede su lugar a la historia<sup>5</sup>.

En nuestro recorrido, se optará por volver nuevamente a Freud para pensar que la pubertad *desata* un tiempo de “*despertar*” en el que el cuerpo empuja a nuevas búsquedas inciertas. Preferimos entonces, hablar de una “edad” en tanto dimensión de un acontecimiento más que en un sentido cronológico, o como lo expresara Juan Mitre: “La adolescencia es un lugar, un nombre, un tiempo, que la sociedad ha encontrado/inventado para nombrar lo que pasa en ‘esa edad’. Edad a la que cada quien según su historia tendrá que ponerle años, si es que los tiene”.<sup>6</sup>

## **Adolescencia. Emergencia y alteraciones socio-históricas Miradas desde la época**

Como dijimos, *adolescencia* no es un significante propio del psicoanálisis, sino que en su genealogía observamos representaciones sociales antiguas que fueron cambiando con la época y la cultura y que, sin duda, cobraron un interés sociológico más fuerte con los acontecimientos puestos en marcha por la revolución industrial. Sin embargo, desde su emergencia en el discurso religioso y literario, hasta nuestros días, parece ser portadora de dos significaciones centrales: *crecer* y *doler*.

Rousseau fue uno de los pensadores que en el siglo XVIII refiere a la adolescencia como un segundo nacimiento y a propósito de sus reflexiones sobre *El Emilio*, la describe como una crisis, una tempestuosa revolución que hace que no sea *ni niño ni hombre* y no pueda adquirir el tono de ninguno de los dos.

En la literatura, es Víctor Hugo, en la lengua francesa, quien por primera vez en el siglo XIX habla de la adolescencia como “la más deliciosa de las transiciones” (...) “el encuentro de dos crepúsculos mezclados, el comienzo de una mujer y el final de una niña”.

En la novela, siempre fue un término asociado a la pasión, las prohibiciones y la muerte fatal. Tal es el caso de las parejas de adolescentes más emblemáticas en las que el primer amor no escapa a un final trágico: Paolo y Francesca de Dante y Romeo y Julieta de Shakespeare.

No fue casual que también Freud y sus discípulos en 1907, se interesaran por una obra de teatro escrita por Franz Wedekind en 1891: “*Despertar de primavera*” y que Lacán se ocupara también de la misma en un prefacio de 1974, agregándole un subtítulo: “*Una tragedia infantil*”.

De hecho, la obra constituye el paradigma de las problemáticas y los dramas de la adolescencia: el desconcierto ante la sexualidad que emerge, la ausencia de los padres, una

---

<sup>5</sup> En la presentación sobre Desarrollo y estructura en la dirección de la cura, Jacques Alan Miller (1992) sostiene que “oponer desarrollo e historia, no es decir que no hay nada de maduración del organismo, pues la hay, no vamos a negarla. Pero oponer desarrollo e historia es decir que el proceso mismo incluye un Sujeto, en el sentido que hay alguien que subjetiva, que cada dato objetivo o cada hecho incluye un Sujeto, en tanto alguien que da sentido a lo ocurrido”.

<sup>6</sup> Ibid

joven que aborta, un joven que se suicida, otro que luego de un período agudo de errancia y riesgos, logra estabilizarse gracias a un buen encuentro.

Se trata, dirá Lacán, de una *tragedia moderna*, ya que los personajes se encuentran sujetos a elegir, a diferencia de la *tragedia antigua* donde los avatares de la vida estaban regidos por el destino. Y ese es uno de los desafíos más fuertes que la adolescencia debe enfrentar.

Como vemos, los sentidos que actualmente podemos darle al término tienen en sus genealogías, un origen relativamente reciente y, sin embargo, todos cristalizan de algún modo, el enigma del surgimiento de un hiato, un quiebre entre la condición de niño y la condición de adulto.

Las modalidades de esa ruptura, estarán siempre anudadas a las épocas, a sus imaginarios, sus ficciones discursivas y sus urgencias sociales, por lo que fluctúan a través del tiempo en el intento nunca acabado de darle sentido a la existencia de los sujetos, sean niños, jóvenes o adultos. Sabemos que la infancia –tal como la modernidad la instituyó- está puesta en cuestión y el “mundo” de la adultez tiene fronteras bastante difusas en nuestra sociedad, lo que genera no pocas dificultades al tiempo de caracterizar aquellas formas de pasaje en el lazo social contemporáneo.

En sociedades tradicionales, esas manifestaciones aparecen como rituales de pasaje generalmente asociados a los signos de maduración física. Las sociedades antiguas, acompañaban a los jóvenes dándoles a conocer el límite de la prueba plasmada en los ritos de iniciación. Esta iniciación se empleaba para romper el aislamiento del adolescente y tenía un punto de referencia en el tiempo, para su integración a la vida del grupo. Era la sociedad la que decidía sobre esta época de iniciación y sobre la edad a partir de la cual podían adquirirse los atributos de la virilidad o la fertilidad. Era un tiempo marcado por la comunidad<sup>7</sup> basado en razones económicas, de estructuración social o políticas, y que iban a determinar que en ocasiones era mejor que ello ocurra más tarde y en otras, que suceda antes.

Mediante ceremonias de distinta duración, a veces involucrando alguna marca en el cuerpo, quedaba signada esa ruptura, determinando un nuevo tipo de inserción social para el sujeto que la transitaba. Ritualizaciones en que aparecían formas simbólicas de dar tratamiento al acceso a las relaciones sexuales y a la separación de la familia.

Susana Quiroga (1997)<sup>8</sup>, entre otros autores, dice que cada cultura propone para la adolescencia a través de formas rituales, un momento de inicio que se apoya en el hecho biológico del despertar puberal y un momento de fin que es altamente variable. En referencia a la obra freudiana *El malestar en la cultura*, puede inferirse que una de las funciones de la existencia de los ritos está en la vulnerabilidad social que obliga al aparato psíquico a plantearse permanentes transacciones como forma de soportar el monto de angustia que la inseguridad de los cambios provoca: tanto de lo pulsional como de lo cultural.

---

7 Françoise Doltó señala a partir de su investigación que, contrariamente a lo que podría pensarse, estas iniciaciones no son precoces. En general, se daban entre los catorce y los dieciséis años. Su investigación sobre este tránsito en distintas culturas puede revisarse en Doltó, F. (1988). *La causa de los adolescentes*. Barcelona. Seix Barral

8 QUIROGA, Susana (1997). "Adolescencia: del goce orgánico a hallazgo de objeto". Publicaciones del CBC. UBA.

En este sentido podríamos pensar que el sometimiento a prácticas de formalización y contención como los ritos iniciáticos, pone nombres a ese pasaje de la familia endogámica a la exogamia. Se apoyan en los cambios biológicos implicando la pérdida de lo infantil, la protección familiar, los vínculos de intimidad, para abrir un espacio en la cultura instituyendo así, el pasaje a la adultez, los vínculos formales, la exogamia, el futuro.

Las modalidades de tramitar ese pasaje pueden ser variadas, pero la investigación histórica da cuenta de que las sociedades construyen formas de acompañarlo.

En este sentido, también la mirada antropológica confirma que toda práctica de iniciación requiere de un acompañamiento. En la descripción estructural del parentesco familiar, Lévi-Strauss se ocupó particularmente de un vínculo entre el niño y el tío materno o su equivalente, relación que el autor llamó *avunculado*, en tanto rol de acompañamiento en el tránsito hacia la exogamia.

En nuestra sociedad contemporánea, seguramente encontramos esta función de acompañamiento encarnada en instituciones, familias o grupos sociales. Es decir, podríamos reconocer acompañantes iniciáticos que surgen de vínculos espontáneos como desplazamiento de las figuras parentales y otros instituidos más formalmente desde la sociedad como ejecutores formales de la iniciación.

Acerca de los rituales de pasaje más formalizados en el lazo social contemporáneo, Susana Quiroga (1993) reconoce algunas ceremonias como la jura de la bandera a los 8 años, a partir de la que simbólicamente, los niños dejan de ocupar un lugar único en la familia para pasar a ser “hijos de la patria”, estableciendo vínculos de respeto, cuidado o veneración, ligados a ideales regidos por la cultura. La Comunión, un rito de origen católico, realizado alrededor de la misma edad, también supone el alejamiento del padre real para producir un acercamiento al padre ideal, a través de un proceso de identificación que otorgará al sujeto una nueva pertenencia. La Confirmación, a su vez, propone las figuras de un padrino o madrina, garantes iniciáticos del adolescente en la cultura de la religión. También el Bar Mitzvah, para los judíos, ceremonia que se realiza a los 13 años, representa el inicio del adolescente en su cultura y su tradición. De un modo más privado, ceremonias como el cumpleaños y baile de los 15 en las chicas, estaría simbolizando que el padre, de algún modo, al bailar el primer vals con su hija, la habilita para que pueda estar con otros hombres, otorgándole el “permiso exogámico”.

Tendríamos que puntualizar aquí que la eficacia simbólica de un ritual de pasaje sólo se da cuando genera un efecto de creencia sostenido desde un lugar de autoridad. Pero esto supone un estatuto objetivo, de modo que es el *Otro social* quien, a partir del pasaje, debe reconocer en el sujeto “algo nuevo”. Sin esta *inscripción simbólica* toda práctica ritual se tornará ineficaz en cuanto a su potencia para instituir algo diferente.

A lo mejor esta consideración pueda ser tenida en cuenta para determinar si ciertas prácticas grupales de los chicos pueden formalizarse como *rituales de pasaje* (y en ese caso preguntarnos dónde estará el lugar “tercero” garante de lo simbólico) o si son más bien,

prácticas de “actuación” de pura horizontalidad, basadas en el coraje personal y que también dejan marcas, pero muchas veces, sólo en el cuerpo.<sup>9</sup>

## La adolescencia desde la perspectiva del psicoanálisis

Como decíamos, Freud casi no utiliza el término adolescencia, pero le destina un estudio fundamental a la pubertad señalando que la sexualidad humana tiene una acometida en dos tiempos, situando en la pubertad esa segunda oportunidad de reorganización sexual. En su obra *“La metamorfosis de la pubertad”* (1905), señala que se trata de un tiempo de cristalización de la vida sexual con dos transformaciones decisivas: la subordinación de otras fuentes de excitación sexual bajo el primado de las zonas genitales, por un lado y el hallazgo de objeto, por otro.

Nuestra lectura de la adolescencia se orientará en esa dirección marcada por Freud: la sexualidad humana se plantea en dos momentos, lo que significa que no todo está “jugado” en los primeros años de la vida, sino que el sujeto se encuentra con esta segunda oportunidad decisiva. Oportunidad en la que lo instituido de la infancia cae y las cosas se reordenan de modos muchas veces imprevisibles.

Segundo tiempo que implica ante todo, una elección de posición ante la sexuación y el encuentro con el Otro, por lo que el sujeto debe vérselas con los arreglos que pueda hacer con ese real del advenimiento puberal que lo empuja al encuentro y le exige inventar algo para fijar a un partenaire.

En el comienzo de su obra *La metamorfosis de la pubertad*, Freud delimita una serie de transformaciones que conducirán la vida sexual infantil hacia su constitución definitiva:

“con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación normal definitiva... la normalidad de la vida sexual es garantizada únicamente por la exacta coincidencia de las dos corrientes dirigidas al objeto y a la meta sexuales: la tierna y la sensual. La primera de ellas reúne en sí lo que resta del temprano florecimiento infantil de la sexualidad. Es como la perforación de un túnel desde sus extremos” (Freud, 1905)

Nombra la pubertad como un segundo florecimiento, como un despertar, dando cuenta de un nuevo tiempo de la sexualidad luego de un período de latencia. Lo describe como un momento desconocido y enigmático diciendo que “...las transiciones mediadoras nos resultan todavía oscuras en muchos aspectos, tendremos que dejar subsistir en ellas más de un enigma...”

Pero el acontecimiento de los cambios corporales marcan un tiempo fundacional que inaugura la posibilidad de gestación de un nuevo ser. Freud lo expresa como un *tiempo de*

---

<sup>9</sup> Véase Duschatzky, S., Corea, C (2002). *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires. Paidós

espera que puede ser inquietante: “Así ha quedado listo un aparato en extremo complicado, que aguarda el momento en que habrá de utilizárselo”. Esto implicará para el adolescente, vérselas con algo que no sabe, tener que arreglárselas con el sexo y, para esto, como diría Miller: “no hay programa inscripto en lo real que pueda ayudarlo”.<sup>10</sup>

Es decir que se inaugura un acceso al goce que lleva al encuentro con el otro sexual, lo que implica cambios en el cuerpo, en la imagen y en la relación con los otros. La particularidad en lo humano radica en que esa experiencia de encuentro se ignora, no se conoce con anticipación y es imposible cubrir ese saber por la vía de la transmisión pedagógica. El ser humano, en este sentido, no trae como el animal, la respuesta instintiva que diga cómo hacer con el sexo.

Freud indica que si bien durante la infancia se plantean cierto número de elecciones, hay algo que no se ha establecido de manera definitiva y que se re-actualiza en la adolescencia. Son las elecciones de objeto y las elecciones de posición ante la sexuación, búsquedas que llevarán al sujeto a abandonar la ilusión de la bisexualidad:

“la pulsión sexual era hasta entonces predominantemente autoerótica; ahora halla al objeto sexual. Hasta ese momento actuaba partiendo de pulsiones y zonas erógenas singulares que, independientemente unas de otras, buscaban un cierto placer en calidad de única meta sexual. Ahora es dada una nueva meta sexual...”

Respecto de esta afirmación, en otros fragmentos de la misma obra puntualiza que:

“Desde que llegamos al conocimiento de la teoría de la bisexualidad consideramos este factor como el que aquí ha de darnos la pauta, y opinamos que sin tener en cuenta la bisexualidad no podrá llegarse a la comprensión de las manifestaciones sexuales observables en el hombre y en la mujer”

“Ha de tenerse en cuenta que los conceptos femenino y masculino, cuyo contenido parece tan inequívoco a la opinión corriente, son, desde el punto de vista científico, extraordinariamente complejos, pudiendo emplearse por lo menos en tres sentidos diferentes: se usan en efecto, unas veces como equivalentes a las ideas de actividad y pasividad, otras, en un sentido biológico y otras, en fin, en un sentido sociológico”

Aclara Freud que la primera de estas significaciones es la esencial y la única utilizable en el psicoanálisis por considerar que la libido tiene siempre un carácter *activo* aún en aquellos casos en que se propone un fin pasivo y continúa precisando lo relativo de los términos femenino y masculino para particularizar la interpretación del psicoanálisis:

---

10 Miller, J.A. (1991). La experiencia en lo real en la cura psicoanalítica. Buenos Aires. Paidós

“El tercer sentido, el sociológico que atribuimos a los términos de referencia, se basa en la observación de los individuos masculinos y femeninos existentes en la realidad. Tal observación nos demuestra que ni desde el punto de vista psicológico ni desde el biológico es posible hallar entre los hombres la pura masculinidad o la pura femineidad. Todo ser humano presenta, en efecto, una mezcla de sus caracteres sexuales biológicos con caracteres biológicos del sexo contrario, así como de actividad y pasividad, y lo mismo en cuanto estos caracteres psíquicos dependen de los biológicos que en cuanto son independientes de ellos.”

Este “no saber” qué hacer con una sexualidad que aún no está definida resulta inquietante, no sólo para los adolescentes sino también para los padres, los docentes y los adultos en general. El cuerpo real que empuja, se manifiesta como extraño<sup>11</sup>: las transformaciones del cuerpo son la dimensión biológica de la pubertad, pero con la particularidad de que se trata de un cuerpo marcado por la cultura, por la época y por lo tanto, por el lenguaje.

En este sentido la adolescencia reinstala (re significa a-posteriori) la asunción de la problemática de la castración simbólica, es decir, soportar la incompletud y por ello la diferencia, tanto intrasubjetivamente (con su propio narcisismo) como intersubjetivamente, de y con los padres.

Este punto merece una aclaración sobre la noción de *reorganización psíquica* para el psicoanálisis. En 1896 Freud dice que el psiquismo:

“se establece por estratificación de los materiales existentes en forma de huellas mnémicas, las cuales experimentan de vez en cuando, en función de nuevas condiciones, una reorganización, una ‘retranscripción’. Lo esencialmente nuevo en mi teoría es que la memoria no preexiste de manera simple, sino múltiple, está registrada en diversas variedades de signos (...) Quiero destacar que las transcripciones que se siguen unas a las otras constituyen la operación psíquica de épocas sucesivas de la vida”<sup>12</sup>

Es decir que, en psicoanálisis se hace necesario distinguir entre historia y desarrollo en su sentido evolutivo. Al respecto, Kancyper (1985) indica que:

“El desarrollo no tiene nada de histórico, implementa una temporalidad lineal. Apunta a la descripción de una serie de etapas que no tienen nada de singular. La historia (para el psicoanálisis) es una serie de acontecimientos singulares para cada sujeto y marcan la vida de un individuo... la historia es el pasado

---

<sup>11</sup> No son pocos los trabajos que aluden a la obra de Frank Kafka: La metamorfosis para describir el sentimiento de extrañamiento sufrido por el adolescente ante los cambios de su cuerpo.

<sup>12</sup> Freud, Sigmund (1973). “Carta a Fliess” de 1896. Obras Completas. Lopez Ballesteros.

historizado en el presente, historizado en el presente porque ha sido vivido en el pasado. Pero es un pasado que 'aún es'... todavía"<sup>13</sup>

Diferenciaremos aquí, la pubertad de la adolescencia: la pubertad alude al cambio corporal, a los cambios hormonales y el desarrollo de los caracteres sexuales secundarios. La adolescencia, en cambio, se refiere al trabajo psíquico que ese real del cuerpo impone y que implica un reordenamiento afectivo y representacional centrado en el proceso de *duelo*.

En el tercero de sus "Tres ensayos sobre una teoría sexual", Freud (1905) establece las hipótesis centrales sobre las mutaciones que se inician en la pubertad:

- surgimiento del erotismo genital
- renovación de la prohibición del incesto
- desasimiento de la autoridad de los padres
- hallazgo de objeto

Siguiendo a Arminda Aberastury<sup>14</sup>, entre otros autores, en la adolescencia es posible describir la elaboración de tres duelos: El duelo por el cuerpo infantil, por la identidad infantil y por los padres idealizados de la infancia. Procesos que se van produciendo acompañados por otras pérdidas: la ilusión de inmortalidad y la ilusión de bisexualidad. Este *trabajo psíquico* implicará nuevos anudamientos, elaboraciones y tramitaciones subjetivas que implican inevitablemente angustia, dolor y pena.

## El duelo por el cuerpo infantil

El cuerpo constituye el primer sostén de la identidad impactado por una serie de transformaciones y forzado a soportarlas, lo que implica para el adolescente una brutal desidentificación.<sup>15</sup> El espejo real y "el espejo de los otros" le devuelven una imagen desarticulada que interpela los puntos de referencia del Yo. Lo esencial de esta transformación vivida por el sujeto y marcada por el entorno (¡qué grande estás! o ¡cómo cambiaste la voz!, sólo por situar algún ejemplo), es que esos cambios logran introducir una vacilación y en ocasiones fragmentar esa imagen unificada que fue posible construir en el estadio del espejo<sup>16</sup>.

La pubertad logra romper ese espejo y fragmentar la imagen construida. Pero no se trata únicamente de las transformaciones de la imagen, sino fundamentalmente de la localización en

<sup>13</sup> Kancyper (1985), Luis: "Adolescencia y a posteriori". Revista de Psicoanálisis. APA,

<sup>14</sup> Aberastury, A. y Knobel, M. (1979). La adolescencia normal. Buenos Aires. Paidós

<sup>15</sup> Resultan interesantes las referencias al cuento de Kafka "La metamorfosis" como relato de la experiencia en que el protagonista al despertar se encuentra con un cuerpo desconocido y repulsivo que arrastra torpemente en un espacio que le resulta ajeno, desde donde puede oír todos los ruidos y las palabras de un mundo que no lo oye a él. Así pues, la metamorfosis de Kafka situada en las coordenadas de la adolescencia narra la pesadilla en que ésta se puede convertir, ante la desaparición de los garantes de la infancia.

<sup>16</sup> Para ampliar este tema y en referencia a la descripción de Lacán, ver Rivas, Silvina (2014) La constitución del sujeto infantil desde la perspectiva psicoanalítica. La Plata, Edulp

lo real del cuerpo, de una nueva forma de placer genital y la capacidad reproductiva, ausente hasta ese momento. En ocasiones surge la necesidad de encontrar “otros espejos” por fuera de lo familiar, ídolos proveedores de narcisismo por identificación que contribuyan a aplacar los sentimientos de despersonalización que este duelo conlleva.

Pero sobre las formas de nombrar lo que sucede con el cuerpo y las nuevas formas de goce que emergen, poco puede ser dicho y aunque la llamada *educación sexual* pueda ser muy importante, el adolescente tiene que encontrar como *arreglárselas* para transitar una experiencia que solo a él le pertenece: el encuentro con el Otro y su posición ante la sexuación.

## Duelo por la identidad y rol de la infancia

A lo largo de todo el período adolescente, van muriendo las fantasías omnipotentes básicas que sostuvieron los ideales infantiles. Como consecuencia, cobra eficacia el registro pre-conciente de una temporalidad que marca límites. El tránsito particular por este duelo implica que el sujeto pueda dejar atrás al niño para pasar a inscribirse dentro de la cadena generacional, elaborar la noción de ser uno más dentro del conjunto y proyectar un futuro personal legitimado socialmente.

La constitución de este proceso identificatorio se sostendrá en la estabilidad que confiere la identificación simbólica a lo cambiante de las identificaciones imaginarias. En este sentido, los principios de permanencia y de cambio funcionan en una alianza que posibilita la construcción identitaria.

Desde el psicoanálisis se reconoce la importancia de los *ideales* sociales en el proceso identificatorio. En *Introducción al Narcisismo* (1914), Freud señala que además del componente individual, el *ideal* tiene un componente social. Y tenemos que considerar que la adolescencia es ante todo, un tiempo de pasaje de lo familiar a lo social.

El *Ideal del Yo* es “desde donde el sujeto se mira” que es muy diferente al lugar del espejo donde se ve. *El Ideal del Yo* se trata del anclaje simbólico de las identificaciones, mientras que el espejo representa el plano de las identificaciones imaginarias. De allí la enorme importancia del encuentro con los *ideales* porque es lo que engancha al sujeto al campo del Otro.

En este camino pueden proliferar identidades transitorias, a veces muy pasionales, o la conformación de diversos grupos que aparecen como articuladores de la identidad, quizás identidades frágiles, pero que permiten ir armando un proyecto anticipatorio que incorpore la categoría de futuro.

Decía Françoise Dolto que un “proyecto” vinculado a un ideal, no reemplaza a los ritos de iniciación, pero permite prescindir de ellos.

## **Duelo por los padres idealizados de la infancia**

En *La novela familiar del neurótico (1908)* Freud sostiene que: “para el niño los padres son al comienzo la única autoridad y la fuente de toda creencia”. Es decir, a partir de la autoridad de los padres es como surge la creencia como posición subjetiva frente a un determinado saber simbólico.

La tramitación del este duelo constituye justamente la caída de los padres como sujetos de saber. Ese Otro del saber, se presenta ahora inconsistente, sobre todo para significar lo que sucede a nivel del cuerpo del adolescente. Es decir que la relación a los ideales parentales vacila, aparece un Otro adulto que no tiene respuestas y las palabras que habían funcionado como enunciados identificatorios desde formas imperativas, decaen en su potencia de instituir identidad.

Freud le prestó mucha atención al relevo necesario que nuevas figuras de autoridad toman para los adolescentes. En su texto “*Sobre la psicología del colegial*” (1914) relata su experiencias de juventud en ocasión de un homenaje al cincuentenario del colegio donde había cursado sus estudios secundarios. Es un texto que habla del lugar del padre, de la importancia que tiene en la infancia para un niño y de las nuevas figuras de autoridad halladas en la adolescencia, representadas por profesores que son sustitutos del padre y serán los responsables de hacer surgir el deseo de aprender.

Confiesa en ese texto que “no sé qué nos reclamaba con más intensidad y qué era más sustantivo para nosotros: ocuparnos de las ciencias que nos exponían o de la personalidad de nuestros maestros”, poniendo en evidencia que lo importante no era tanto lo que enseñaban, sino cómo era su posición frente a un interés.

Sabemos que la época de Freud no es la nuestra ni son las mismas las instituciones que organizan las prácticas escolares o académicas. Sin embargo hace falta volver a interrogar las apuestas generacionales en la invención de nuevos dispositivos que alojen la subjetividad de los adolescentes de esta época.

## **Adolescencia y transmisión generacional**

El devenir de la historia y la transmisión generacional son un proceso que conmueve al mundo de los adultos y los jóvenes, a padres e hijos, a través de operaciones necesarias de confrontación y puesta en cuestión de lo heredado. Freud había señalado que es en el tiempo de la pubertad en el que “se consuma uno de los logros psíquicos más importantes, pero también más dolorosos: el desasimilamiento de la autoridad de los progenitores”. A tal punto lo considera un momento necesario, que señala a ciertos adultos que nunca pudieron superar la

autoridad de los padres, como un fracaso de la tarea de la confrontación generacional ubicándolos dentro de los límites de las neurosis:

“En el individuo que crece, el desasimiento de la autoridad parental es una de las operaciones más necesarias, pero también más dolorosas del desarrollo. Es absolutamente necesario que se cumpla, y es lícito suponer que todo hombre devenido normal lo ha llevado a cabo en cierta medida. Más todavía: el progreso de la sociedad descansa, todo en él, en esa oposición entre ambas generaciones” (Freud, 1919)<sup>17</sup>.

Winnicott (1971) a su vez, hizo amplias referencias a propósito de la confrontación generacional y sus consecuencias en la organización adolescente destacando la importancia de que exista una familia que se ofrezca para “ser usada” en ese proceso en el que es posible que se jueguen tanto componentes agresivos como de ternura:

“La adolescencia es algo más que pubertad física, aunque en gran medida se basa en ella. Implica crecimiento, que exige tiempo. Y mientras se encuentra en marcha el crecimiento, las figuras paternas deben hacerse cargo de la responsabilidad. Si abdican, los adolescentes tienen que saltar a una falsa madurez y perder su máximo bien: la libertad para tener ideas y para actuar por impulso (Winnicott, 1971).

Por eso, decía Winnicott, ese proceso es algo que debe suceder. Crecer es, en algún sentido, ocupar el lugar del padre y el crecimiento es en sí mismo un acto agresivo y la función paterna será justamente la de afrontar la confrontación con el hijo para permitirle representarse como integrante y sucesor en la cadena generacional.

Ahora bien, no interpretamos estas palabras como una batalla de pura horizontalidad, porque esto borraría llanamente los lugares de la asimetría necesaria para poder crecer. Más bien pensamos que la función que nombramos como *Nombre del Padre* (ejercida por quien se haga cargo), opera desde muy temprano en la niñez pero también interviene en la adolescencia. Y aquí lo central no es sólo el padre que dice que “no”, el padre de la Ley, el que prohíbe y ordena, sino el padre que dice “sí”, que habilita y reconoce la invención del joven para orientarse en la existencia.

En este sentido, la salida de la adolescencia articula dos términos: *Ideales* y *Nombre del Padre*, a sabiendas de que en nuestra época esta cuestión es problemática y un tema para la reflexión, tanto por la declinación paterna como por la caída de los ideales<sup>18</sup>

---

17 Freud, S. (1909). La novela familiar de los neuróticos. Obras completas. Amorrortu. 1987.

18 Al respecto, Stevens sostiene que los objetos de consumo vienen a ocupar el lugar del Ideal: “La captura del sujeto en los objetos de consumo no constituye un ideal y no permite construir un ideal. El sujeto se hace entonces partenaire de su objeto consumibles, una de cuyas formas es la droga”. El tema puede ampliarse en Stevens, A. (2010) “Salidas de la adolescencia” en *Sexuación y otras investigaciones*. Buenos Aires. Colección Pequeño Hans. Agalma.

En esta perspectiva, la función social del universo adulto, por la vía de la función paterna, implica la donación de ciertos ideales, de ciertos significantes, que le permitan investirse con las *insignias del Otro* y “situarse” en la vida. Entonces, un padre debe ofrecerse al relevo, porque su función consiste precisamente en ofrecer una herencia reconociendo a alguien como destinatario de esa donación.

En trabajos anteriores ya advertimos la importancia de los enunciados identificatorios en la constitución del sujeto infantil y remarcaremos ahora, al considerar al sujeto adolescente, el trabajo que finalmente debe conducirlo a esa inscripción filiatoria en la cadena generacional y a la *construcción de un pasado* como trama simbólica de la transmisión parental.

Ese tránsito hacia un universo definido simbólicamente como la adultez encontrará en cada época sus propias vicisitudes porque es muy probable que los adolescentes no respondan a las expectativas e ideales de la generación anterior y cobren entonces un lugar “extraño” y enigmático. Si en la infancia, fueron los padres como portavoces del colectivo quienes transmitieron sus ideales en pos de la “construcción de un futuro”, es el joven adolescente quien ingresa a la dimensión de una temporalidad que exige “construirse un pasado”.

Piera Aulagnier (1984) habla de la adolescencia como un tiempo de tareas reorganizadoras que permiten que el tiempo pasado pueda inscribirse en una continuidad como existencia en una organización psíquica en constante devenir. Dirá que ese trabajo de historiador del Yo requiere ciertos anclajes estables que sólo el trabajo de la memoria puede garantizar.

En tiempos de la infancia, el niño tomará del discurso del Otro aquellos enunciados que construirán un *fondo de memoria*, del que partirá su creación biográfica. Estos enunciados serán los que garanticen lugares de certidumbre y un registro de identificaciones que le asignen un lugar en el sistema de parentesco y en el orden genealógico.

La adolescencia conmueve ese lugar de identificaciones y abre el espacio para la conquista de nuevas posiciones y elección de objetos soportes del deseo. Como ya vimos, el proceso identificatorio en la adolescencia consolida la identificación simbólica, siendo la tarea del yo en este trayecto vital, construir su infancia como pasado.

Aulagnier (1977) enfatiza en que hay algo que hacer con lo heredado para poder enfrentar el devenir y en este sentido, para crear un proyecto futuro, es necesario construirse un pasado. Define al trabajo historizante del yo de la siguiente manera:

“Es una necesidad de su funcionamiento situarse y anclar en una historia que sustituye un tiempo vivido-perdido por la versión que el sujeto se procura merced a su reconstrucción de las causas que lo hicieron ser, que dan razón de su presente y hacen pensable e investible un eventual futuro”.

Para ello sobre los soportes identificatorios primarios deberá conservar, como condición de posibilidad, ciertos puntos estables ligados al investimento de lo que denomina *fondo de memoria*: trabajo propio y característico de la adolescencia que supone una operación de

anclaje en recuerdos significativos que trazan una continuidad temporal e identificatoria necesaria para transitar los cambios propios de esta etapa.

## Jóvenes en los bordes, clínica del desvalimiento

En los últimos años, han proliferado significativamente trabajos acerca de la adolescencia y la juventud contemporánea, sus nuevos síntomas, sus formas de expresarse, sus modalidades de participación política, su actitud frente al futuro o la inmediatez, entre otras cuestiones. Desde diferentes campos, estos discursos nutrieron nuestras maneras de entender el complejo tránsito de la adolescencia y la juventud en una sociedad donde los adultos vacilan y los ideales se muestran con difusa consistencia.

Sin embargo, un territorio menos explorado es el que atañe a la comprensión de esos sujetos que ingresan a la adolescencia no habiendo contado en sus historias singulares, con alguien que “los cuide” en los tiempos del desamparo inicial.<sup>19</sup> Sujetos que se han constituido a partir de la ausencia de un Otro protector o a partir de presencias excesivas en su intrusividad, objetos del maltrato y en definitiva sujetos niños y púberes que han crecido “caídos del Otro”<sup>20</sup>.

A nivel familiar o en sus grupos de crianza, estos jóvenes no disponen de imágenes identificatorias consistentes que acompañen la elaboración de los duelos y el pasaje a la representación preconscious o simbólica de la propia muerte. El padre es registrado ausente en su función. Aparece como no responsable respecto a la familia o en una posición de horizontalidad que muchas veces lo equipara a un hijo más. Si en el tiempo de la infancia no pudo sostener la función de corte o prohibición, tampoco en el tiempo de la adolescencia puede ser un adulto que habilita a orientar hacia ideales identificantes.

En no pocas ocasiones, las madres se convierten en sostén del grupo familiar y la maternidad se convierte con facilidad en un peso, debiendo delegar el cuidado de los hijos a otros hijos mayores.

Conocemos la importancia de las políticas públicas y la presencia del Estado en el acompañamiento del tránsito adolescente en tiempos en los que los linajes familiares son frágiles o cuando, como en el caso de muchos adolescentes de hoy, que son hijos de quienes transitaban su adolescencia en los años 90, de padres y madres que vivieron a su vez una cultura de despojo, sin gratificaciones que hayan estimulado la representación del futuro o la posibilidad de elaborar un proyecto personal.

---

<sup>19</sup> Ver Rivas, Silvina: *ibíd*

<sup>20</sup> Juan Mitre los describe en sus formas de presentación señalando: “Es habitual que esos niños y adolescentes se hagan rechazar, que se presenten ‘feos, sucios y malos’, o de alguna otra forma que sean ‘insoportables’ para el Otro. Pero de lo que allí hablan con su comportamiento y con su cuerpo es del rechazo del Otro primordial, de algo que se inscribió en ellos como rechazo. Lo problemático –y lamentable– es que las instituciones asistenciales tienden a repetir ese rechazo, a ‘re-escribir’ ese rechazo ratificándolo, e incluso reforzándolo. ‘No soportan’ a esos chicos y los expulsan: a veces a las expulsiones se las llama derivación o traslado” (Mitre, 2014).

También desde la perspectiva del psicoanálisis David Slavsky (1991)<sup>21</sup> analizó las particularidades de estos jóvenes, a partir de trabajos de campo en barrios con carencias muy importantes y situaciones de pobreza. En ese contexto, dice el autor, en el que la representación simbólica de la propia muerte se torna inaccesible, lo que sustenta *el ser* son otros caminos: la acción ante la carencia simbólica, la introducción de sustancias en el cuerpo y la búsqueda de identificaciones en el pequeño grupo.

Cuando no hay adultos ni instituciones confiables, la apoyatura posible es la que puede brindar la cultura de pura horizontalidad -sin padrinos iniciáticos, por decirlo de algún modo- queda sustentada casi siempre en el coraje personal. Sabemos de la importancia que los grupos de pares tienen para transitar la adolescencia, sin embargo, cuando es la única alternativa de lazo, la elaboración de la muerte como representación puede quedar interferida y la pulsión tanática al desnudo, con riesgo de que se tramite por la vía de la inmediatez y el pasaje al acto.

La falla en este sentido obstaculizará la elaboración simbólica de la muerte propia de la tramitación de los duelos y sabemos que, aquello que no se realiza en lo simbólico, corre el riesgo de jugarse en lo real. Para que esto no ocurra es necesario que la noción de la muerte propia se pueda inscribir en el aparato psíquico como representación pre-conciente. La falencia de esta posibilidad simbólica deja al sujeto inerme frente a la pulsión tanática, y en ese caso el cuerpo o el acto pueden presentificar la muerte sin mediaciones.

Ante la insistencia de estos escenarios en nuestra época, vuelven a tener una enorme vigencia los desarrollos teóricos de Donald Winnicott a mediados del siglo anterior, para apoyar una mirada teórica e interventiva con esos jóvenes que encarnan los efectos de la vulnerabilidad y el desamparo.

Winnicott fue un psiquiatra y psicoanalista inglés que luego de la segunda guerra mundial, trabajó en un programa oficial de albergues de niños y jóvenes que no podían vivir en hogares comunes. A partir de esa experiencia presentó en 1956 su trabajo sobre “deprivación y delincuencia”<sup>22</sup>. Utilizó allí el concepto de *deprivación* para caracterizar un modo de crianza que ha desamparado a un niño, produciendo manifestaciones clínicas propias del estado de desvalimiento, sobre las que el autor propone una terapéutica y una clínica del desamparo:

“Cuando existe una tendencia antisocial ha habido una verdadera deprivación y no una simple privación. En otras palabras, el niño ha perdido algo bueno que, hasta una fecha determinada, ejerció un efecto positivo sobre su experiencia y que le ha sido quitado; el despojo ha persistido por un lapso tan prolongado, que el niño ya no puede mantener vivo el recuerdo de la experiencia vivida”<sup>23</sup>.

---

21 Slavsky, David (1991). Desamparo, adolescencia y tánatos en *Actualidad Psicológica*. N° 174. Buenos Aires.

22 Winnicott, D. (2005). *Deprivación y delincuencia*. Paidós, Buenos Aires.

23 *ibid*

Los tan divulgados “trastornos de conducta” serían para Winnicott, manifestaciones clínicas de un *trastorno antisocial* en cuya genealogía están la privación y el desvalimiento sufridos en la infancia. Describe que entre los síntomas antisociales más característicos están el *robo*, por un lado, y la *destrucción*, por otro:

“mediante el primero, el niño busca algo en alguna parte y, al no encontrarlo, lo busca por otro lado si aún tiene esperanzas de hallarlo. Mediante lo segundo, el niño busca el grado de estabilidad ambiental capaz de resistir la tensión provocada por su conducta impulsiva, busca un suministro ambiental perdido, una actitud humana en la que el individuo pueda confiar”<sup>24</sup>.

El derrotero que marca este camino va hacia un futuro incierto, porque si bien “el niño que roba un objeto no busca el objeto robado, sino a la madre, sobre la que tiene ciertos derechos” (...) “el robo va asociado a la mentira y ambos ocupan el centro de la tendencia antisocial”<sup>25</sup>.

Ahora bien, Winnicott nos señala una perspectiva que orienta intervenciones posibles cuando advierte que:

“la tendencia antisocial implica una esperanza. La falta de esperanza es la característica básica del niño privado que, por supuesto, no se comporta constantemente en forma antisocial, sino que manifiesta dicha tendencia en sus períodos esperanzados. Esto podrá ocasionar inconvenientes a la sociedad (y a usted, si la bicicleta robada es la suya...), pero quienes no se ven afectados en modo alguno por estos robos compulsivos pueden percibir la esperanza subyacente” (...) “Comprender que el acto antisocial es una expresión de esperanza, constituye un requisito vital para tratar a los niños con tendencia antisocial manifiesta”<sup>26</sup>.

Desde esta orientación, sugiere que el método terapéutico adecuado para el tratamiento de la tendencia antisocial consiste en proveer al niño de un cuidado que él pueda redescubrir y poner a prueba, una terapia proporcionada por la estabilidad del nuevo suministro ambiental. Advierte que: “Una y otra vez vemos cómo se desperdicia o arruina ese momento de esperanza a causa de su mal manejo o de la intolerancia” (...) “debemos ir al encuentro de ese momento de esperanza y estar a la altura de él”.

Siguiendo a Winnicott y articulando la perspectiva del psicoanálisis, Juan Mitre sugiere algunas indicaciones clínicas que pueden orientar intervenciones y de las que podríamos recortar algunas:

---

<sup>24</sup> *Ibid*

<sup>25</sup> *Ibid*

<sup>26</sup> *Ibid*

- No dejarse apabullar por la dureza de una historia, sostener el alojamiento de la escucha más allá de la pregnancia imaginaria de lo terrible.
- Ubicar la responsabilidad del sujeto. No hay que olvidar que responsabilizar restituye a alguien como sujeto, lo corre del lugar de víctima, de un lugar de objeto.
- Señalarle al sujeto de qué cosas no es responsable. A veces, es necesario señalar primero esta dimensión para que en un segundo momento aparezca la responsabilidad subjetiva. Es decir, del trauma, del abandono, de la falla ambiental, de todo eso, el sujeto no es responsable.
- Poder escuchar desde una posición analítica, pero al mismo tiempo, poder cubrir cierta función de holding, de sostén, “*poner el cuerpo*” a veces es necesario.
- Soportar o sobrevivir al embate de la pulsión o de las derivas pulsionales en juego.
- Ubicar con precisión el momento del desamparo para ese sujeto (qué fue “para él” lo catastrófico).
- Apostar a la emergencia de nuevas significaciones, así como también es necesario, destotalizar otras. Hay que ayudar al sujeto a historizar pero teniendo en cuenta que hay que producir equívocos, nuevas versiones de esa historia.
- Ser confiable, y eso, decía Winnicott, lleva tiempo. Pero sostenía que la confiabilidad humana puede poner fin a un grave sentimiento de imprevisibilidad e incertidumbre que en estos casos, acecha todo el tiempo.

## Bibliografía

- Alemán, Jorge (2006). *Malestar en la cultura. Pensar la época*. En Revista Virtualia. Buenos Aires. Disponible en: [www.virtualia.eol.org.ar](http://www.virtualia.eol.org.ar)
- Aulagnier, P. (1977). *La violencia de la interpretación*. Del pictograma al enunciado. Buenos Aires. Amorrortu.
- Aulagnier, P. (1984). *El aprendiz de historiador y el maestro brujo*. Del discurso identificante al discurso delirante. Buenos Aires: Amorrortu.
- Aulagnier, P. (1991). Construir(se) un pasado. *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires. APdeBA.
- Bleichmar, Silvia (2005). *La subjetividad en riesgo*. Buenos Aires. Topia.
- Castoriadis, C. (1996). Nuevamente sobre la psique y la sociedad. Entrevista realizada por Fernando Urbarri. *Revista Zona erógena*.
- Duschatzky, S., Corea, C. (2002). *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires. Paidós.
- Freud, S. (1970). Duelo y melancolía en *Obras completas*. Madrid. Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1970). La novela familiar del neurótico en *Obras Completas*. Madrid. Biblioteca Nueva.

- Freud, S. (1970). Sobre la psicología del colegial en *Obras Completas*. Madrid. Biblioteca Nueva.
- Freud, S. (1970). Tres ensayos de una teoría sexual en *Obras Completas*. Madrid. Biblioteca Nueva.
- Kancyper, Luis (1985). "Adolescencia y a posteriori". *Revista de Psicoanálisis*. Buenos Aires. APA
- Lacan, J. (1998). El despertar de la primavera en *Intervenciones y textos 2*. Buenos Aires. Manantial
- Lacan, J.(1954). *Seminario I: Los escritos técnicos de Freud*. Barcelona. Paidós.
- Mitre, Juan (2014). *La adolescencia: esa edad decisiva. Una perspectiva clínica desde el psicoanálisis lacaniano*. Buenos Aires: Grama.
- Rother de Hornstein, M Cristina (2006). *Adolescencias, trayectorias turbulentas*. Buenos Aires. Paidós.
- Slavsky, David (1991). Desamparo, adolescencia y tánatos. En *Revista Actualidad Psicológica* N° 174.
- Sternbach, S. (2006). Adolescencias: tiempo y cuerpo en la cultura actual. En Rother Hornstein, María Cristina (comp). *Adolescencias: Trayectorias turbulentas*. Buenos Aires. Paidós.
- Stevens, Alexandre (1998). La adolescencia, síntoma de la pubertad. En *Actualidad de la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires: Labrado.
- Stevens, Alexandre (2001). *Nuevos síntomas en la adolescencia*. Conferencia en la EOL. Rosario Acheronta.
- Winnicott, D.W. (1986). *Realidad y juego*. Buenos Aires. Gedisa.
- Winnicott, D.W. (1990). *Deprivación y delincuencia*. Buenos Aires. Paidós.